

Jesús Quintanilla Osorio

HUMANOS SINTÉTICOS

Editado por

e-libro.net

para su sección Libros gratis

Diciembre, 2001

Nuevamente los helicópteros.

No sé cómo llegué hasta aquí, pero el sonido de los helicópteros, me asusta. Es como si recordara el tiempo de la guerra, pero de esto ya ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

Ahora, entre los escombros, el fétido aire no me deja respirar cómodamente y hasta lastima mi nariz.

Sin embargo, es mejor estar guardado aquí que sentir la lluvia ácida escociendo mi piel.

El cielo está permanentemente plomizo, como si todo color hubiera desaparecido y el mundo fuera gris, como el silicio.

Todavía recuerdo cuando le dije a Miri, mi pequeña, que no le tuviera miedo a los robots de la película de la noche, y ella, con sus cuatro años de prístina inocencia, se acercó secándose las lágrimas con sus puñitos.

“¿No me haya daño el bobot, papá?”, y en su cara se dibujaba la esperanza. La acaricié y su sonrisa me iluminó como el sol de medianoche.

“No, mi amor, los bobots no te harán ningún daño”.

Pero no había sabido cuán pronto se quebraría todo a mi alrededor como un viejo plato de porcelana china hecho añicos. La guerra, la

horrible guerra con sus atrocidades y su injusta mirada aviesa lamiendo la paz como un gran perro come su desayuno con el hambre consumiéndolo, habíase presentado y las máquinas se apoderaron del mundo. Sólo que sospechaba que no se trataba de simple inteligencia artificial, sino de horribles mutaciones genéticas con DNA recombinantes de silicio que convirtieron a los humanos sintéticos. Éstos se aliaron contra los humanos verdaderos y se desató una cruenta batalla donde el mundo fue envuelto por la locura.

Pecieron millones de personas ora por gases venenosos que vertieron sobre las ciudades en las madrugadas invernales cuando se estacionaban los contaminantes, ora por bombas atómicas selectivas de corto alcance o por simple eliminación directa.

Unos pocos miles de humanos se reagruparon en medio del fragor de la batalla y encararon la dificultad con los mínimos recursos. Se formó entonces, la Liga de Seguridad Humana, un grupo paramilitar con hombres no entrenados (periodistas, abogados, empleados de oficina, etc.) y apenas dos o tres estrategias que eran los líderes del movimiento. Se lograron algunas

victorias, pero el temor de mi hermosa chiquilla sobre los "robots" se convirtió en una pesadilla real de la que nadie lograba despertar. Y en ese lapso, pereció Mandy, mi querida esposa. De mi hija, sólo supe que había sido protegida por un grupo protestante de líderes histéricos, pero compasivos. Yo debía sumarme a los que combatían por si lográbamos recuperar algo del mundo perdido donde lo preocupante era llegar tarde a la oficina y checar después de las ocho y quince, donde el estrés se medía por los aumentos a los precios y las horas perdidas en los embotellamientos. Todos se preocupaban por la muerte de elefantes en Kenia o las ballenas suicidas varadas en las playas, pero no pasaba de conversaciones de café y miedos nocturnos cuando la cafeína producía terrores a los ansiosos, y el Percodán salía a relucir como la panacea para todos los males habidos y por haber. Era estresante. Inaguantable a veces, pero formaba parte de la cotidianeidad de la vida, y hasta se hacía necesario para no aburrirse en casa los domingos con las películas repetidas y los festivales tontos de concursos. Todo ello, formaba parte de un vago espejismo que parecía haberse disipado en un instante, cuando la

humanidad despertó al terror de los humanos sintéticos con genes de codificaciones plastilizadas y tan frías como su origen.

Esto parece haber sucedido hace tanto tiempo, que da la sensación de que el mundo siempre estuvo en esta guerra, poblado de enemigos sintéticos que desean aniquilar a la humanidad y sentarse como los reyes de la creación, ya que nosotros fallamos como los mayordomos de este mundo, seres sintéticos con miradas de lector óptico, y se han olvidado de los atardeceres frente al faro o el crepúsculo desde la casita de campo.

Lo que más recuerdo, parece mentira, son los juegos con Miri, mi hija y su risa cantarina poblada de bondad, mientras corría para escapar de mis simulacros de ogro con el “Grrr... Soy un monstruo”, para luego alcanzarla y hacerle cosquillas.

Me brotan las lágrimas, pero recuerdo que el sonido de las aspas del insecto metálico están muy cerca. Están rastreando con sus detectores infrarrojos y seguramente me verán, a menos que me guarde entre las ratas —como conejos— que rodean los escombros y entonces, se alejen, creyéndome una de ellas.

Para escapar de los monstruos de aspas, me introduzco entre pilas de escombros hasta el túnel semiderruido que conduce, luego de serpenteantes —y peligrosas— vueltas por las que hay que concentrarse para no caer en los huecos de las alimañas, a la salida. Lo hago así, y sólo me detengo brevemente para checar si nadie me ha seguido.

Cuando emerjo a la débil luz mortecina de la atmósfera en permanente estática, siento, por segundos, las mordeduras de las finas gotas de lluvia, antes de esconderme debajo de los enormes tubos de la factoría donde ensamblan sus máquinas los sintéticos. Se oye el “risk... rask”, y el golpeteo metálico de la fundición y el torneado.

Aunque se mantiene vigilancia discreta sobre sus labores, todavía no se comprende cómo fabrican robots casi como ellos, para usarlos en la guerra contra la Liga de la Humanidad. Quizá se están reproduciendo, y por ello los secuestrados de niños, pues utilizan el DNA puro para hacer sus recombinaciones, pues siendo sintéticos no se reproducen, y sus vagos instintos resultaron en teratogénicos productos plásticos sin belleza ni apariencia humana y, como

sospecho los han de usar para introducirse entre nosotros, es evidente, que desean productos humanos bien claros, pues de otra forma no pueden confundirse con los hombres.

De súbito, escucho el detector. El detector es un perro electrónico con cámaras en lugar de ojos, pero con apariencia canina. Patrullan los perímetros de las factorías para encontrar posibles intrusos y sus grandes mandíbulas, como estiletes de acero, tienen la potencia para romper una pierna o inutilizar un brazo, efectuando una detención que implica la esclavitud para ser sujeto a experimentos horribles. Por eso, al oír el leve sonido de sus cuartos traseros de forma primero lenta y luego apresurada, arguyo que me ha captado y emprendo veloz carrera.

Jadeo como fuelle antes de lograr acercarme a la primera intersección donde podré estar a salvo. Pero mis intentos son infructuosos. Siento un escozor en mi pierna derecha. Me ha soltado una tarascada y el impulso de mi alocada carrera le impidió sembrar bien sus metálicos incisivos, pero sí le permite moverme de mi titubeante equilibrio de mi desesperado correr y caigo cuan largo soy. Pronto, siento su horrible

mirada de infrarrojo viéndome y en breve, me veo rodeado de figuras que me observan.

“Un intruso”, dice una voz con acento tan peyorativo que asquea, “y es humano”.

Me llevan a empujones a una enorme sala donde cientos de hombres —viejos y jóvenes— y algunas mujeres parecen esperar algo con rostros alicaídos. Advierto cientos de niños en la penumbra antes de que la escotilla se cierre y nos suma en una obscuridad como boca del averno.

De pronto, oigo nítidamente una voz que me llena de alegría.

“¿Papá? Soy Miri”, y una figura más alta de la que recuerdo, me abraza. Está llorando.

“¿Estás bien?”, le pregunto entre sollozos.

“Sí... Ellos nos cuidan porque les hace falta nuestro DNA, pero a los adultos como tú, los echan a la cueva de los arácnidos”.

Dicha cueva goza de fama aunque nadie ha vuelto vivo de ella. Se dice que está poblada de enormes tarántulas del tamaño de caballos, pero es más producto de la superstición que de informes reales. Después de la guerra atómica, la radiación produjo monstruosas mutaciones y de ahí se supone surgieron tan gigantescos bi-

chos. La perspectiva de servirles de alimento, no es halagüeña ni en caso de cáncer cerebral.

“¿Cómo llegaste aquí, mi vida?”

La voz de mi niña, seguramente de siete u ocho años ya (no lo recuerdo con exactitud ahora), se oye segura.

“Nos atraparon los sintéticos... Nos han alimentado y nos llevan a jugar, aunque dos veces por mes tenemos que entrar a estudios”.

Deseo verla para admirar en ella el rostro de su madre que debe haber olvidado hace mucho, pero las tinieblas me lo impiden.

Se oye un chasquido y la agarro fuerte. Luego, son varios retumbones. Parece como si algo estuviera estallando fuera. Uno de esos golpazos, abre un boquete en la pared. Titubeo un poco, pero la perspectiva de servir de alimento a las arañas gigantes no es ni de lejos agradable. Abrazo a Miri y echo a correr seguido por algunos de esos pobres encerrados que parecen llevar tanto tiempo allí que algunos ni se mueven, otros se caen a cada momento y algunos pocos corren con desesperación. De pronto, escucho un sonido y me doy cuenta, sin atinar a decir nada, que nos sigue una cuadrilla de perros detectores. Esto me impulsa a correr con más

fuerza. Algunos son atrapados, pero la mayoría se meten a los túneles y escapan de los enemigos.

Descubro una abertura cerca del tubo más grande que debe medir unos doce metros de ancho. Como el hoyo está en el piso, bajo a Miri y nos metemos por éste. Corremos entre charcos de agua, buscando alejarnos rápidamente.

Al cabo de un rato, una pila de escombros nos impide el paso, pero me permite advertir un rayo de claridad que sólo puede provenir de afuera.

“¡Ayúdame a remover esto!”, le pido a Miri y, como obreros expertos, logramos hacer un espacio para proseguir el camino.

Ya lejos del peligro, nos detenemos en un callejón lleno de autos desmantelados y pilas de basura que emana olores desagradables, a muerte, bajo un cobertizo, para guarecernos de la lluvia ácida.

“¿Estarán atacando los humanos?”, me pregunta con su vocecita vestida de inocencia, mientras la bajo. Pesa bastante.

“Yo creo que sí. De otro modo, no hubiéramos escapado”.

Siento una inmensa alegría al verla. Es tan hermosa como su madre. La abrazo. Lágrimas corren por mis mejillas.

Así recuerdo los días del arco iris. Esos días donde la alegría no era un privilegio y me preocupaba utilizar bien el dinero para ajustar mis gastos. La vida al lado de mi amada Mandy era linda, como los prados verdes donde solíamos caminar, tomados de la mano, y la graciosa voz de nuestra hija antecediéndonos.

Mandy siempre fue la paz de mi alma, y su sola presencia inundaba el ambiente de luz, de bondad y dulzura. Aún no se la había tragado la noche con sus sombras espesas, cuajadas de muerte. Todavía sonreía con esa mirada llena de sabiduría joven, como si bebiera el mundo todas las mañanas en una taza de café soluble tan suave que le llamaba “agua de calcetines” por su aspecto. Ahora, el rostro de Miri teje mis recuerdos de tristeza. Me ahoga la emoción.

“Déjame verte, Miri. Oh... Si eres la cara de tu mami”.

Ella sonríe.

“Gracias, papi. Pensé que no volvería a verte”.

“Ya ves que sí. Vamos, si podemos llegar al bosque sucio antes que anochezca, podemos escondernos en la cueva del arroyo... ¿Te acuerdas?”, la sonrisa de Miri puebla de colores la deprimente realidad.

La cueva del arroyo, antes de la guerra, era el lugar de esparcimiento preferido por los ciudadanos. Después del cataclismo, fue preservada de manera milagrosa y sirvió de refugio a algunos ascetas enemigos de las batallas. Los sintéticos no las conocían. Las únicas excursiones de esos extraños seres en las cercanías de la cueva, nunca pasaron de una simple inspección, pues su aspecto inhóspito no revelaba lo acogedor de su interior que, a pesar de su situación, se mantenía caliente por la presencia de aguas termales que corrían en su lecho lodoso.

Por ello, tanto en la anterior inmediatez a la catástrofe, como en la época actual, su difícil acceso la suponía infranqueable, aunque los pocos avisados conocían una ruta a través del bosque sucio no sólo muy fácil de seguir, si no, incluso, segura a pesar de todo.

Con esa idea en mente y Miri de mi mano, nos hemos escabullido a través de una serie de

túneles emergiendo ocasionalmente en las bocacalles para tomar el atajo más corto. El último tramo, supone un espacio abierto, y el peligro de quemaduras por ácido.

En esa parte, nos auxiliaran las ramas amarillentas de árboles semiquemados, y una breve espesura verde a la subida de la colina, haciendo las veces de un techo natural. He cubierto a Miri con los restos de un periódico viejo para hacerle mínimo el sufrimiento por la lluvia venenosa. Cruzamos ese espacio con suficiente decisión, azuzados por las sombras que se advierten cerca. Ayudo a Miri a trepar la semiescarpada colina, y, al poco, advertimos la boca de la cueva. Ya en su interior, el calor nos cubre. Descansamos un momento.

Ha pasado tanto tiempo que no veo a Miri, que se me atropellan las palabras. Ella advierte mi confusión y se suelta a hablar con la delicadeza y suavidad de su madre.

La admiro asombrado.

Brilla su inteligencia en ese mundo en ruinas donde la esperanza, parece yacer entre los escombros como si hubiera muerto.

“Dicen que están construyendo un adaptador atmosférico”, me comenta.

“¿Quién la estará haciendo?”, le pregunto con una sonrisa en la boca. Su gracia despierta mi alegría.

“La Liga Humana. Han hecho ensayos en el Norte y lograron bajar la radiación. Se detuvo la lluvia ácida”.

Algo bulle en mi interior.

“¿Cómo lo sabes?”, le pregunto.

“Los humanos atraparon a una joven exploradora. Ella me lo contó. Los malos no saben dónde se ubica. Se están concentrando humanos para un Armagedón contra las fuerzas sintéticas... ¿Por qué no vamos allá, papi?”

“Es buena idea. Les podríamos ayudar”.

Y allí, al cobijo de la cueva del arroyo., trazamos nuestros sueños, hasta que el cansancio nos vence, y nos entregamos en brazos de Morfeo.

Apenas clarea, iniciamos la marcha.

Miri, con la alegría pintada en su rostro, y yo, contagiado de su entusiasmo, dibujo el sendero con mis pasos.

El camino largo y sinuoso, se antoja cansado por momentos, pero nos azuza el deseo de llegar pronto a nuestro destino, la tierra prometida que sobrevive entre los temores aciagos.

A las sombras próximas del crepúsculo, veo los contornos que rodean el campamento rebelde. Aún no se distingue el lugar, porque existe una barrera natural que tardaremos quizá algunas horas más en atravesar, pero no corremos prisa.

“¿Quieres descansar un momento?”

Ella asiente. Se le advierte fatigada. Busco un sitio apropiado y la cubro lo mejor que puedo en esas circunstancias.

De pronto, Miri se sobresalta y grita aterrada. entre las sombras, distingo algo enorme que se pesa sobre su pecho. Me levanto y de un tirón la libero. Un enorme arácnido, como un perro grande, baja de un árbol ¿Habremos errado el camino?

“¡Abrázate a mí!”, le pido y la chamaca se agarra con fuerza a mi cuello. Echo a correr en el sendero oscuro y mis tobillos se laceran con las ramas bajas. A la hora de trepar un escarpado breve, la ayudo a subir y escalamos con rapidez un montículo, desde el cual, un horrible espectáculo se pinta entre las tinieblas: cientos de esos espantosos insectos enormes pululan entre la arboleda como abejas en un inmenso panal.

“Papi... ¡Son miles!”, exclama Miri con asombro.

“Con razón no se arriesgan los sintéticos”.

Esto nos sirve para hacer un último esfuerzo y llegar al reducto de los humanos.

En el perímetro, nos divisa un guardia armado con una ballesta.

“¿Quiénes son ustedes?”

“Somos humanos como ustedes. Escapamos de los sintéticos que usaban el ADN de mi hija para crear otros”, explico.

Nos revisan los ojos buscando simuladores electrónicos y detrás de las orejas.

“Pásenle, hermanos”, dice jovialmente.

Es un enorme campo que parece un edén. Una cúpula doble cubre buena parte de las zonas abiertas. El ambiente se siente agradable como en los mejores tiempos, como si un pedazo de buen cielo azul se hubiera quedado atrapado en el tiempo.

Las lágrimas asoman a mis ojos.

Nos recibe un hombre canoso con aspecto bonachón.

“¡Bienvenidos, pasen”, y entramos a un local atestado de gente. Miri festeja ruidosamente el acceso a la libertad. Entre la multitud que ríe,

se pasean vasos de vino y el ambiente festivo nos inunda.

Hemos encontrado a los nuestros.

Al clarear, una trompeta me despierta. El recuerdo del arácnido, teje una duda en mi interior. Pregunto al centinela que nos recibió la noche anterior, al salir de la enorme galera que sirve de dormitorio.

“¿No temen a las arañas?”

Se sonríe.

“¿Por qué crees que estoy de guardia? hay una serie de baterías que se activarían si hubiera una ataque masivo, pero siempre se corre el riesgo. Por lo pronto, se alimentan de los incautos que cruzan el bosque... Ustedes tuvieron suerte”.

Así que no están exentos...

“No estamos exentos de un ataque”, pienso.

Hay una reunión para planear lo que el líder llama el Armagedón, y a pesar de que se habla de cuestiones bélicas, siento renacer en mí, la esperanza.

De pronto, se escucha un tiroteo. Salimos apresuradamente. Un pequeño caza ha irrumpido por el bosque de las arañas con velocidad

asombrosa. Las baterías se activan y cientos de tiradores se aprestan a la defensa.

Me extienden un rifle semiautomático y me sumo al ataque. Algunos son tocados por los disparos de la nave enemiga.

Súbitamente, el cielo se nubla de naves enemigas... ¡Nos atacan los sintéticos! En el fragor de la batalla, caen muchos compañeros y la cúpula atmosférica estalla en un certero tiro del líder adversario. Cuando todo acaba con multitud de bajas nuestras y algunas naves derribadas, el dirigente máximo reúne a los sobrevivientes en un grupo apretado y marchamos para escapar del peligro. Cuando vuelvan los sintéticos, será para destruirnos... Una duda zozobra mi alma ¿Cómo supieron? ¿Será que cuento con detector implantado... ¿O es Miri? Mientras la abrazo, semidormida, me pregunto si ella sabe algo.

Descansamos en un claro, cubriéndonos por temor a la lluvia ácida, aunque se conserva un poco del ambiente creado por el convertidor atmosférico destruido.

Me decido a hablar e inquiero a Miri.

“Cielo... ¿por qué nos encontrarían los sintéticos? ¿Nos habrán seguido?”

Y Miri llora.

“Es mi sangre, papi. La han teñido con sustancia fluorescente para sus experimentos. No te lo dije... ¡Perdóname!”

Intento regañarla, pero sólo acierto a abrazarla fuertemente. Ella es una víctima más de esta estúpida guerra.

“¿Hay forma alguna forma de limpiar tu sangre?”

“Sólo con magnetita... Lo leí en uno de sus manuales”.

¿Y dónde encuentro magnetita? Recuerdo entonces la vieja bobina y el imán de herradura que vi en la gastada rocola del campamento.

Debo llegar hasta allí.

Por la noche, evado el guardia para volver al campamento. En sus cercanías, distingo a las arañas en un festín sangriento con los restos de los muertos. Solamente cargo con un aturdidor y una pequeña derringer de un tiro. Trato de pasar disimuladamente entre varios de esos espantosos bichos sin ser visto.

Al cabo de un rato, distingo la rocola. Me acerco despacio y veo el imán pegado de un cos-

tado. Lo tomo. Es potente. Servirá a mi propósito. Desando el camino, rogando protección divina para no ser visto. Ya próximo a la salida, salta hacia mí una araña del tamaño de un topo, y le pongo el aturdidor en su pecho. Cae convulsionándose.

Escapo con veloz carrera.

Nadie me sigue.

Miri me explica los puntos donde corre el detector y la limpio con las fuerzas magnéticas.

Esto me enciende una idea. Quizá el DNA recombinante de los sintéticos puede destruirse con el magnetismo. Tal vez un enorme electroimán destruya sus genes malditos.

Después de dos noches de marcha, nos detenemos en una de las cuevas termales, como la del arroyo, y aprovecho para platicarle al líder de mi idea.

“¿De dónde has sacado esas conclusiones?”, pregunta con astucia.

“Miri estuvo con ellos y...”

“... es sintética”.

“No...le pusieron un detector que borré con el imán”.

El enojo se diluye en una chispa de sus ojos.

“¿Miri sabe de DNA recombinante?”

“Un poco”.

“Pondremos a nuestros científicos a trabajar en esta idea... Será el apocalipsis”.

Transcurren seis meses desde que nos asentamos en una llanura semiprotegida por una vegetación amarillenta.

En este tiempo, no hemos sido atacados por las fuerzas sintéticas y, por ello, los avances son hartamente prometedores, al grado de que ya se ha iniciado la construcción del laboratorio y con algunos especímenes a los que se les trató, con DNA recombinante, se iniciaron los experimentos.

Miri se ha integrado muy bien a la vida comunitaria y es escuchada con detenimiento cuando se refiere a los sintéticos, tema en el cual, gracias a su hábil presentación de ideas, es considerada una autoridad. Y sólo tiene ocho años.

Por fin se ha logrado aplicar la fuerza electromagnética a un pobre cuyo al cual fueron introducidos los recombinantes y los resultados, según el Dr. La Croix, nuestro ilustre genetista molecular de la desaparecida Rostchild, han sido un éxito.

El líder llama al Consejo para proponer la forma de ataque y, una vez más, mi adorada Miri pone en claro la estrategia ante el asombro de todos.

“Un cañón sónico... Ésa es la respuesta, pero en lugar de ondas sónicas, serán electromagnéticas”, sugiere la pequeña experta.

La idea es acogida con entusiasmo. Si se ataca la base de los sintéticos, el éxito será seguro.

Transcurre otro tiempo, atareados en el montaje para el cañón, y disfruto de la lozanía de Miri, que se perfila como la heroína y el orgullo me inflama.

¡Por fin se ha fijado el día del ataque! Ha decidido marcharse con un escuadrón de 1500 hombres un enorme tractor del cual sobresale el monstruoso cañón y dos filas de avionetas con restos de las baterías y pequeños disparadores de magnetita como armas.

La Operación Apocalipsis se ha diseñado para el final de la primavera, cuando los sintéticos detienen su ritmo, para entregarse a sus experimentos con fervor.

¡El día ha llegado! Formo parte de la comitiva que protege el cañón. Miri ha querido venir,

pero la encomendé a Suspa, la cocinera, y a regañadientes se quedó.

Avistamos las instalaciones de los sintéticos que Miri se sabe de memoria, y nos explicó con detenimiento antes de partir.

Ahora que veo todo tan cerca, con la proximidad del enfrentamiento, me embarga la emoción y ruego a Dios nos de el triunfo contra los monstruos de silicio.

Pronto, sus baterías antiaéreas abren fuego contra nuestras pobres avionetas y todos los soldados a pie, disparamos al unísono con nuestras armas: pistolas, ballestas con flechas de magnetita y toda suerte de artilugios. Se inicia la gresca.

Los cazas enemigos salen a relucir y el tiroteo es terrible. Es una lucha por la supervivencia de la humanidad.

Majestuoso, el gigantesco tractor avanza imponente.

Ya se apunta hacia el centro de mando. Se escucha un zumbido intenso, y súbitamente, se descarga una masa de intensa magnitud electromagnética. El tiro tiene certero tino... La cúpula que corona el cuartel de los sintéticos es-

talla con todos los líderes que vuelan en múltiples fragmentos.

Penetramos su perímetro, y me solazo en dispararle a uno de sus perros guardianes, quizá el mismo que me atrapara antes.

Me dirijo a su zona de celdas y libero a cientos de humanos que me ven estupefactos ante su libertad tan inmediata.

Al entrar en el laboratorio, las risas de niños inundan el ambiente. Están jugando con ellos. Quizá habría que conservar un sintético para prolongar estos juegos, pero es mejor volver a lo natural.

Liberamos a los niños y muchos de ellos lloran cuando es acribillado su payaso, un sintético con rostro de bufón, y me duelo ante su tristeza. Pronto, la fábrica, el laboratorio, las celdas y todos los depósitos y los entes aquellos son destruidos.

La pesadilla de la ingeniería genética ha sido deshecha por completo.

Nuestro máximo dirigente, anuncia a voz en cuello:

“¡Hemos triunfado!”

Y espero, por el bien de la humanidad, que así sea, que nos sirva de experiencia esta pesa-

dilla para despertar los buenos valores en nosotros.

Al volver victoriosos, Miri nos espera con ansias y mi V de la victoria la entusiasma y me abraza.

“¿Se salvó el bufón?”, y su pregunta me inquieta.

“¿Por qué, Miri, por qué lo preguntas?”, y me pongo serio.

“Tiene partes de mi madre... La usaron para ello”.

No puedo contestarle, pero, en medio del fragor de la celebración, siento un profundo dolor en mi alma.